

2. EL TRABAJO EN EL SOCIALISMO

Annie Besant

Hay dos caminos mediante los cuales se puede construir un esquema para una organización futura del trabajo. El más fácil con mucho y el menos útil de esos dos caminos es el bosquejar una utopía, una gimnástica intelectual en la que lo único que se exige es un poder de coherencia y una imaginación vívida. El utopista no necesita conocimiento alguno de los hechos; en realidad un conocimiento así es un impedimento; para él no existen las leyes de la evolución social. El es una ley en sí mismo, y sus hombres y sus mujeres no son los organismos caprichosos, espasmódicos e irregulares de la vida diaria, sino autómatas que obedecen a los hilos que él estira. En una palabra, él crea, no construye; él hace por igual sus materiales y las leyes dentro de las cuales actúan ellos, adaptándolos todos a un fin ideal. Al describir una nueva Jerusalén, los únicos límites a su perfección son los límites de la imaginación del escritor.

El segundo camino es menos atractivo, pero más útil. Partiendo del estado presente de la sociedad, trata de descubrir las tendencias que le sirven de base, rastrear esas tendencias hasta sus elaboraciones naturales en instituciones, y predecir de este modo no el futuro lejano, sino el próximo estadio social. Fija su mirada en los vastos cambios llevados a cabo por la evolución y no en las variaciones insignificantes hechas por las catástrofes; fija su mirada en las revoluciones que transforman la sociedad y no en las revueltas transitorias que meramente derriban tronos y decapitan reyes. Este segundo camino es el que prefiero seguir; y este artículo sobre el trabajo en el socialismo comienza por ello a partir de la exposición de William Clarke sobre la evolución industrial que se ha ido llevando a cabo durante los últimos ciento cincuenta años. Al construir de este modo hacia adelante, al predecir las

transiciones a través de las cuales pasará probablemente la sociedad, apenas tocaré el ideal de Estado social que existirá un día, y mi esbozo tendrá que quedar abierto a todo criticismo que se pueda dirigir contra una sociedad que no es idealmente perfecta. Por consiguiente, es necesario tener presente que sólo estoy intentando elaborar cambios practicables entre hombres y mujeres tal como nosotros los conocemos; intentando siempre poner como base no lo que es idealmente mejor, sino lo que es posible; escogiendo siempre entre los cambios posibles el que se encuentra en la línea hacia el ideal y el que hará más fácil una aproximación ulterior. De hecho este artículo es un intento por responder al «cómo», que se oye tan a menudo cuando se discute sobre el socialismo. Mucha gente acepta, completamente o en parte, la teoría socialista, están intelectualmente convencidos de su solidez y se encuentran emocionalmente atraídos por su belleza; pero dudan en unirse a su propaganda, porque ellos «no ven por dónde van ustedes a empezar» o «no ven dónde se van ustedes a detener». Ambas dificultades se eliminan por el hecho de que nosotros no «vamos a empezar». Nunca habrá un punto en el que una sociedad cruce desde el individualismo al socialismo. El cambio está siempre yendo hacia adelante; y nuestra sociedad está ciertamente en camino hacia el socialismo. Todo lo que podemos hacer es cooperar conscientemente con las fuerzas que actúan, y de este modo convertir el tránsito en algo más rápido de lo que sería de otro modo.

El tercer ensayo fabiano nos mostró el éxito del capitalismo al producir una posición que es al mismo tiempo intolerable para la mayoría y fácil para que esa mayoría se adueñe de ella. En este momento la destrucción de las pequeñas industrias ha destruido la mayoría de los estratos que solían existir entre el gran empresario y el trabajador asalariado, y ha dejado en su lugar un abismo a través del cual se enfrentan mutuamente unos pocos capitalistas y un proletariado enorme y hambriento. El «respeto de la conciencia pública por los derechos de propiedad», que se encontraba en el fondo del interés privado de cada uno por su pequeña propiedad, ha disminuido desde que la mayoría perdió sus posesiones individuales y vio cómo la propiedad se acumulaba en las manos de unos pocos. Ahora apenas es más que una tradición heredada de un estado social anterior. La «conciencia pública» pronto perdonará, e incluso por primera vez aprobará y luego exigirá la expropiación del capital que se usa antisocialmente en vez de usarse de un modo social, y que pertenece a esa abstracción impersonal, una compañía, en lugar de pertenecer a nuestro vecino de la puerta de al lado. Para la persona media, una cosa es que el Es-

tado se apodere de la pequeña tienda de James Smith que se casó con nuestra hermana, o que se apodere del floreciente negocio de nuestro Sam que trabaja desde muy temprano hasta muy tarde por su sustento; y otra cosa es cuando James y Sam, arruinados por una gran compañía compuesta de accionistas, de los que nadie sabe nada a no ser que pagan salarios bajos y que se llevan altos dividendos, han sido obligados a convertirse en sirvientes alquilados de la compañía, en lugar de poseer sus propias tiendas y su propia maquinaria. ¿Quiénes tendrán interés en protestar contra el hecho de que el Estado se apropie el capital y transforme a James y a Sam de esclavos asalariados a merced de un capataz en accionistas y funcionarios públicos, que tienen voz en la dirección del negocio en el que están empleados?

Supongamos entonces que la evolución del sistema capitalista ha avanzado sólo un poco más lejos siguiendo las líneas actuales, concentrando el control de la industria y sustituyendo de un modo creciente los seres humanos por una maquinaria que ahorra trabajo. Está acompañada esa evolución, y tiene que estarlo, por el aumento del número de los parados. Este número puede fluctuar, lo mismo que las olas de una marea creciente avanzan algunos pies y luego otras pocas olas alcanzan un nivel más bajo; pero lo mismo que la marea avanza a pesar de las fluctuaciones del oleaje, así se incrementará el número de los parados a pesar de las elevaciones y los descensos transitorios. Con esas cosas comenzará probablemente la organización provisional de la industria por parte del Estado; pero esta organización será seguida pronto por la apropiación por parte de la comunidad de algunos de los grandes trusts.

Es esencial para cualquier esquema efectivo de organización la división del país en áreas claramente definidas, cada una con su autoridad elegida. Uno de los síntomas del cambio que se avecina es que, con una perfecta inconciencia de la naturaleza de su acto, Mr. Ritchie ha establecido la comuna. Ha dividido a Inglaterra en distritos regidos por los Country Councils (Consejos del Condado), y de ese modo ha creado la maquinaria sin la cual sería impracticable el socialismo. Ciertamente, tan sólo ha realizado un esbozo que necesita ser completado; pero los socialistas pueden completarlo, mientras que no tenían poder para esbozarlo. Falta todavía dar a cada adulto un voto en la elección de los consejeros, acortar su mandato a un año, pagar a los consejeros, de modo que el público pueda tener derecho a la totalidad de su tiempo de trabajo, dar a los consejos poder para apoderarse de la tierra y conservarla (una reforma que ya la ha solicitado la Unión liberal y radical, un organismo que no es conscientemente socialista), y suprimir todas las restricciones legales, de

modo que se les deje actuar corporativamente con tanta libertad como la que tienen para actuar como individuos individualmente. Realizadas estas medidas, la rapidez con la que se socialicen nuestras instituciones depende del crecimiento del socialismo entre el pueblo. Es esencial para la estabilidad de las formas transformadas de la industria que tengan que ser realizadas por el pueblo, y no impuestas al pueblo. De ahí el valor del regalo del gobierno local hecho por Mr. Ritchie, que capacita a cada localidad para poderse mover con rapidez o con lentitud, para experimentar en una escala comparativamente pequeña, e incluso para equivocarse sin que ocasione un considerable desastre. La *mot d'ordre*⁸¹ de los socialistas ahora se «convierte a los electores y apodérate de los Consejos del Condado». Todos estos consejos, que administran los asuntos locales, junto con el Ejecutivo nacional, que administra los asuntos nacionales, están destinados a convertirse en organizadores efectivos de la industria; y la unidad de la administración tiene que depender de la naturaleza de la industria. El correo, el telégrafo, los ferrocarriles, los canales y las grandes industrias capaces de ser organizadas en trusts, serán administradas, por lo que podemos ver ahora, cada una de ellas desde un centro único para todo el reino. Los tranvías, servicios de gas y de agua, y muchas de las industrias productivas más pequeñas, estarían dirigidas mejor desde la localidad. Al señalar las líneas de división, la conveniencia y la experiencia deben ser nuestros guías. Las demarcaciones son una cuestión de conveniencia y no de principios.

El primer gran problema que abrumará al consejo del condado en busca de una solución será el del paro. Inteligentemente o no, tendrá que tratar con él; inteligentemente, si organiza a los parados en un trabajo productivo; no inteligentemente, si pone en marcha «obras públicas para aliviar el desempleo», e intenta, como un Bumble⁸² ampliado, esquivar la dificultad imponiendo un esfuerzo fatigoso, estéril y opresivo sobre unos desgraciados proscritos a costa del resto de la comunidad. La mayoría de los parados son trabajadores no cualificados, una minoría la forman trabajadores cualificados. Primero tienen que ser registrados como cualificados y no cualificados, y los primeros tienen que ser incorporados a sus respectivas ramas de la producción. Luego puede comenzar la organización rural del trabajo en las granjas del condado en manos de los consejos del condado. El consejo tendrá su comité de agricultura, encargado de los detalles administrativos; y este

⁸¹ Consigna. (Nota del T.)

⁸² Nombre de un bedel en la novela de Dickens *Oliver Twist*. (Nota del T.)

comité eligirá a expertos en agricultura bien entrenados y prácticos como directores del negocio de las granjas. Se destacará a las granjas del condado aquellos de los trabajadores parados en las ciudades que son agricultores y que habían emigrado hacia la ciudad en busca de trabajo, lo mismo que se destacarán allá muchos de los trabajadores no cualificados. En estas granjas se debería utilizar al máximo cualquier ventaja de la maquinaria y cualquier descubrimiento en la ciencia de la agricultura. Habría que escoger cuidadosamente las cosechas con referencia al suelo y a sus variedades —cereales, fruta, hortalizas—, y adaptar el cultivo a la cosecha, siendo el único objetivo conseguir la cantidad más grande del producto con el menor gasto de trabajo humano. Depende de la clase de cosecha si es más rentable cultivar en parcelas grandes o pequeñas; y en la gran área de la granja del condado, *la grande et la petite culture* pueden tener cada una su lugar. También ganará la economía por el gran número de trabajadores bajo la dirección del granjero principal, puesto que podrán ser concentrados en cualquier lugar determinado cuando se los necesite, como en tiempo de recolección, y podrán ser dispersados para trabajar en las especies de labranzas más continuas cuando haya pasado la tarea propia de alguna estación del año.

Se debería enviar a estas granjas algunos de los trabajadores cualificados de entre los parados, tales como zapateros, sastres, herreros, carpinteros, etc.; de manera que la granja del condado podría en esos aspectos abastecerse a sí misma, en cuanto que esto se pudiera realizar sin desperdiciar el poder productivo. Se debería llevar a cabo en ella todas las pequeñas industrias necesarias en la vida diaria, y se debería formar de este modo una comuna laboral. Habría que confiar a la democracia el ordenar que fueran parte de las condiciones de vida de la granja del condado una jornada de ocho horas y una casa confortable. Probablemente cada granja considerable pronto tendría su almacén central, con su estación de ferrocarril adyacente, además de los edificios ordinarios de la granja; como el edificio público en el centro del pueblo de la granja para usarlo como lugar de lectura, para conciertos y entretenimientos de toda clase; sus escuelas públicas, tanto elemental como técnica; y pronto, posiblemente desde el comienzo, su comedor público, que ahorra tiempo y preocupación a las amas de casa y que, al mismo tiempo que economiza combustibles y alimento, proporciona una elección más considerable de platos. Grandes viviendas con habitaciones particulares podrían tal vez reemplazar las cabañas anticuadas, pues vale la pena anotar, como algo que muestra la tendencia que ya existe entre nosotros mismos a volverse de una autodependencia aislada a las

ventajas de vivir asociados, que se han construido muchos pisos modernos sin habitaciones para criados y la limpieza y otros servicios lo realizan personas contratadas por todo el bloque, y las comidas importantes se realizan en restaurantes, de modo que se evitan de esa manera la molestia y los gastos de cocina privada. Ciertamente sería bueno, al iniciar las nuevas organizaciones del trabajo, comenzar con las líneas más avanzadas y sacar partido de cada tendencia moderna hacia modos de vida menos aislados. Los socialistas deben trabajar duro para convertir las empresas municipales realizadas con los parados en sendas hacia una vida superior, no escatimando la utilización de un trabajo pobre. Y puesto que conocen su objetivo, y los otros partidos políticos viven al día, deberían ser capaces para ejercer una presión constante y uniforme que, precisamente por ser constante y uniforme, imprimiría su dirección en el movimiento general.

La nota de la organización del trabajo urbana, como todas las demás, tiene que ser que cada persona debe ocuparse en lo que puede hacer mejor, no en lo que hace peor. Podría ser deseable que un hombre tuviera dos oficios; pero relojero y picapedrero no son ocupaciones alternativas convenientes. Cuando los parados con cualificación pertenecen a oficios que se realizan en cualquier parte como panaderos, zapateros, sastres, etc., deberían ser empleados en sus propios oficios en talleres municipales y sus productos deberían ser almacenados en almacenes municipales. Estos talleres estarán bajo la dirección de capaces, obreros plenamente cualificados, capaces de vigilar y dirigir como si fuera en empleos privados. El día laboral debe ser de ocho horas y los salarios, por el momento, el mínimo de los sindicatos. Luego, en lugar de esos sastres y zapateros que recorren a pie las calles andrajosos y descalzos, los sastres estarán haciendo vestidos y los zapateros botas y zapatos; y el zapatero con el sueldo que gane comprará los productos del sastre, y el sastre los del zapatero. Entonces, en lugar de socorrer a los parados mediante impuestos sacados de los que están trabajando, serán puestos a trabajar para atender a sus propias necesidades, y serán productores de la riqueza que consumen, en lugar de consumir, en una ociosidad forzosa o en trabajos forzados estériles en la cantera, la riqueza producida por otros. Se podría poner a trabajar a los albañiles, ladrilladores, fontaneros, carpinteros, etc., en un edificio decente y en habitaciones agradables, al estilo de los bloques de pisos y no de las barracas denominadas viviendas modelos, para fabricar las viviendas del ejército municipal de trabajo. Subrayo el carácter agradable de las viviendas. Estos lugares tienen que ser viviendas para ciudadanos y no prisiones para pobres; y no existe ninguna razón po-

sible por la que no tengan que ser atractivas. Bajo el socialismo los trabajadores tienen que ser la nación y todo lo que es mejor es para el servicio de ellos, pues, recuérdese, nuestras miradas están puestas en el socialismo, y nuestra organización del trabajo tiene que estar en la línea socialista.

Es muy posible que entre los parados se encuentren algunos cuyo oficio sólo se pueda realizar en grandes concentraciones y que ninguna de las industrias de la ciudad, hacia las cuales los ha llevado a la deriva su destino desafortunado, sea apropiada a ese oficio. Se debería enviar a éstos al servicio municipal en las ciudades donde su oficio es el trabajo principal y se les emplearía allí en las fábricas municipales.

Paralelamente a esta organización rural y urbana de los trabajos no centralizados, se procederá a encargarse de las grandes industrias centralizadas, centralizadas para nosotros por los capitalistas, que así de un modo inconsciente abren el camino a su propia sustitución. Todo lo que se ha organizado en un trust y que se ha elaborado durante algún tiempo al modo de un trust, está maduro para que se apropie de ello la comunidad. Todos los minerales serían elaborados del modo más apropiado en esta forma centralizada; y probablemente se encontrará que es extremadamente conveniente poner en marcha todas las grandes industrias productivas, como la textil, de un modo semejante. Es ocioso decir que no puede hacer el Estado lo que ha hecho un ring monopolista de capitalistas; una junta local, una junta del hierro, una junta del estaño, puede ser tan fácilmente responsable ante la nación como ante una muchedumbre casual de accionistas. No es necesario que se de una dislocación de la producción al hacer la transferencia: los organizadores y directivos activos de un trust no poseen necesariamente, o incluso no suelen poseer, el capital investido en él. Si el Estado encuentra conveniente contratar a estos organizadores y directores, no hay nada que impida que sigan haciendo eso por un período tan largo o tan corto como se elija. Los contratos temporales que se hagan con ellos durante el período de transición tienen que ser regulados por la conveniencia.

Detengámonos por un momento para considerar la posición a la que hemos llegado. Los parados se han transformado en trabajadores comunales, en el campo en grandes granjas, mejoras de las granjas Bonanza en América, y en las ciudades en diversos oficios. Se abren almacenes públicos para productos agrícolas e industriales en todos los lugares convenientes, y se llenan con los bienes que se han producido de ese modo comunalmente. Las grandes industrias, que funcionan como trusts, son controladas por el Estado en lugar de serlo por rings de capitalistas. Sin

embargo, el capitalista privado todavía seguirá en los negocios, produciendo y distribuyendo por su propia cuenta en competencia con las organizaciones comunales, que hasta ese momento habrán ocupado sólo una parte del terreno industrial. Pero además de la presión que se reconocerá cuando pasemos a tratar de la remuneración del trabajo, estas empresas privadas se irán llevando a cabo bajo circunstancias de una dificultad siempre creciente. Frente a la composición comunal ordenada del trabajo, que actúa con una colaboración desde todos los ángulos, con el crédito del país detrás de ella, la suerte del capitalista privado se encontrará en una desventaja tan grande como los talleres-barracas del siglo pasado frente a las fábricas de nuestro propio período. Los trusts nos han enseñado cómo se puede desalojar del mercado a los capitales competitivos mediante los capitales asociados. Las juntas centrales o consejos del condado serán capaces de utilizar este poder de asociación con mayor intensidad que cualesquiera capitalistas privados. De este modo, las fuerzas económicas que sustituyeron el taller por la fábrica, sustituirán la tienda privada por el almacén municipal y la fábrica privada por la municipal. Y las ventajas de la concentración mayor del capital y de la asociación del trabajo no serán las únicas que disfruten los trabajadores de las comunas. Se mantendrá a raya todo despilfarro, se utilizará al máximo todo dispositivo que ahorre trabajo, cuando el objetivo es la producción de la riqueza general y no la producción de la ganancia para que se la apropie una clase; pues en el primer caso el interés de los productores es producir, en cuanto que el disfrute de ellos depende de la productividad de su trabajo, mientras que en el otro caso su interés consiste en esterilizar su trabajo tanto como se puedan atrever para hacerlo más y más necesario y así mantener elevado su precio. A medida que se extienda la organización pública del trabajo y suplante más y más al productor individualista, se calculará más fácilmente la demanda probable y se regulará el suministro que pueda satisfacerla. Las municipalidades y las juntas centrales ocuparán el lugar de los pequeños capitalistas en competencia y de los rings del gran capital; y la producción se convertirá en algo ordenado y racional en lugar de la anarquía y de la temeridad de la producción actual. Al cabo de algún tiempo desaparecerán los productores privados, no porque exista ley alguna contra la producción individual, sino porque no valdrá la pena. Nadie querrá afrontar las preocupaciones, las molestias, las ansiedades de la lucha individual por el sustento, cuando se pueda disfrutar el bienestar, la libertad y la seguridad en el servicio comunal.

La mejor forma de dirección durante el período de tran-

sición y posiblemente durante mucho tiempo en el futuro, será mediante los consejos comunales, que designarán comités para supervisar las diferentes ramas de la industria. Estos comités contratarán a los directores y capaces necesarios para cada tienda, fábrica, etc., y tendrán el poder de despido lo mismo que el de contratación. No creo que la elección directa del director y del capataz por los empleados funcionaría bien en la práctica, o que fuera consecuente con la disciplina necesaria para llevar adelante cualquier empresa comercial. Me parece mejor que la comuna elija su consejo —manteniendo de este modo bajo su propio control la autoridad general—, pero que faculte al consejo para que seleccione los funcionarios, de modo que el poder de selección y de despido dentro de las diversas subdivisiones resida en los nominados de la comuna entera en lugar de que resida en el grupo particular inmediatamente afectado.

No existe dificultad práctica en la forma de dirigir las industrias productivas ordinarias, grandes o pequeñas. Los trusts y las cooperativas han resuelto, o nos han colocado en el camino para resolverlos, todos los problemas relacionados con éstos. Pero existen dificultades con respecto a las industrias relativas a la producción de artículos tales como libros y periódicos. Durante el estadio de transición no surgirán estas dificultades; pero cuando la comuna o la nación se haga cargo de todas las industrias, ¿cómo se producirán los libros o los periódicos? Yo tan sólo lanzo las siguientes sugerencias. La imprenta, lo mismo que la elaboración del pan, vestidos o zapatos, es una actividad laboral más bien comunal que nacional. Supongamos que tenemos talleres de imprenta controlados por el consejo comunal. Al comité de publicación se le puede dejar la libertad para aceptar cualquier publicación si la considera válida, lo mismo que una firma privada actualmente puede aceptar el riesgo de la publicación, siendo el contrato con el autor la compra de una vez, o derechos por cada ejemplar vendido, colocándose en cualquiera de los casos esa cantidad a su crédito en el banco comunal. Pero hay muchos autores cuyas mercancías nadie las desea; sería absurdo forzar a la comunidad a publicar toda la poesía sin importancia. ¿Por qué no aceptar el principio de que siempre que el comité de publicación rehúse publicar algo con el riesgo comunal, el autor puede publicar su obra haciendo una transferencia de su crédito en el banco comunal a la cuenta del comité de publicación suficiente para cubrir los costes de esa publicación? El comité no debería tener poder para rehusar publicar algo, cuando se cubren los gastos. De este modo, la libertad de expresión sería conservada como un derecho constitucional, mientras que la comunidad no cargaría con los costes de la

publicación de cualquier efusión estúpida que su encarnado compositor pudiera considerar digna de la publicidad.

Se podrían publicar los periódicos en unas condiciones semejantes; y estaría siempre abierto a los individuos o a los grupos de individuos publicar cualquier cosa que les agradara o que cubriera los costes de la publicación. Con la relativa opulencia que disfrutaría cada miembro de la comunidad, cualquiera que tuviera realmente interés en alcanzar el oído público, tendría la posibilidad de hacerlo disminuyendo sus gastos en otras direcciones.

Otra dificultad que encontraremos, aunque no inmediatamente, es la competencia por el empleo en ciertas ramas más agradables de la industria. Actualmente una persona sin trabajo se aferrará ansiosamente a la posibilidad de cualquier trabajo bien pagado que sea capaz de realizar. Si fuera capaz tanto de imprimir como de coser chaquetas, no soñaría con quejarse si por casualidad le ofrecieran el empleo que menos le agrada de los dos; más bien estaría más que contento de tener alguno. Pero es muy posible que, a medida que progresa la mejora considerable de las condiciones de vida, Jeshurun se enfadará si, cuando prefiere hacer lentes para microscopios, se le exige que haga espejos. En estas circunstancias, temo que Jeshurun tendrá que acomodarse a la demanda. Si el número de gente dedicada a la producción de lentes bastase para satisfacer la demanda de lentes, Jeshurun tiene que consentir en volver sus talentos durante algún tiempo a la producción de espejos. Después de todo, su estado no sería muy lamentable, aunque el socialismo habría fracasado, es verdad, en el intento de hacer $2 + 2 = 5$.

Esto, sin embargo, no soluciona la cuestión general sobre la distribución de los trabajadores entre las diversas formas de trabajo. Pero el ingenioso autor de «Looking Backward, from A. D. 2000» (Mirando atrás desde el año dos mil) ha encontrado una solución. Al dejar a los jóvenes de ambos sexos que escojan libremente sus profesiones, él igualaría las proporciones resultantes de esa elección voluntaria mediante la igualación de los atractivos de los diversos oficios. En muchos casos una inclinación natural, a la que se permite desarrollarse libremente durante un período educacional prolongado, determinará la elección de la vocación. Afortunadamente los seres humanos son muy variados en sus capacidades y gustos; lo que atrae a uno, repele a otro. Pero hay formas desagradables e indispensables de trabajo que, tal como uno puede imaginarse, no pueden atraer a nadie: el trabajo en las minas, la limpieza de las alcantarillas, etc. Estos se podrían convertir en atractivos haciendo que las horas de trabajo en ellos fueran mucho más cortas que el día de trabajo normal en

ocupaciones más agradables. Muchos hombres fuertes y vigorosos preferirían con mucho un intervalo corto de trabajo desagradable que uno largo en un escritorio. Puesto que es bueno dejar la mayor libertad posible al individuo, este igualar las ventajas en todos los oficios sería mucho mejor que cualquier intento por realizar la tarea imposible de escoger un empleo para cada uno. Con toda seguridad, una persona odiaría cualquier trabajo al que se le hubiera forzado directamente, incluso cuando fuera el mismo que él habría escogido, si se le hubiera dejado esa elección.

Además, gran parte del trabajo más desagradable y fatigoso lo podría realizar la maquinaria, como lo haría actualmente si no fuera más barato explotar una clase esclava. Cuando sea ilegal enviar a niños pequeños hasta lo alto de las chimeneas, no se dejará de deshollinar las chimeneas; se inventará una máquina para deshollinarlas. Actualmente el trabajo de cortar el carbón lo podría hacer una máquina, en lugar de hacerlo un hombre tumbado de espalda, picando por encima de su cabeza y con el riesgo inminente de su propia vida; pero la máquina es mucho más cara que los hombres, por eso los mineros siguen teniendo aplastados sus pechos por el carbón que les cae. Bajo el socialismo, las vidas y los miembros de los hombres serán más valiosos que la maquinaria; y se encargará a la ciencia sustituir uno por otro.

La verdad es que la extensión de la maquinaria posiblemente resolverá muchos de los problemas relacionados con las ventajas diferenciales en el empleo; y parece cierto que, en un futuro muy cercano, el trabajador cualificado no será el hombre que sea capaz de desempeñar una serie particular de operaciones, sino el hombre que ha sido entrenado en el uso de la maquinaria. La diferencia de oficio se encontrará en la máquina más bien que en el hombre; dependerá de la disposición interna del mecanismo y no del método de aplicar la fuerza humana si el producto es clavos o tornillos, botas o chaquetas, vestido o seda, papel plegable o máquinas para componer. Lo que probablemente haremos será instruir a toda nuestra juventud en los principios de la mecánica y en el manejo de las máquinas; se construirán las máquinas de modo que trasladen la fuerza a los diversos canales requeridos para producir los distintos artículos; y el obrero cualificado será el *mecánico* cualificado, no el impresor o el zapatero cualificado. Actualmente unas cuantas horas de estudio o unos cuantos días convierten al mecánico entrenado en dueño de cualquier máquina que puedan colocar delante de él. La línea del progreso es la de sustituir máquinas por hombres en todo departamento de la producción: haced que el cerebro planifique, guíe, controle; pero haced que el

hierro y el acero, el vapor y la electricidad, que no se cansan y no se pueden embrutecer, hagan todo el trabajo penoso que agotan actualmente las estructuras humanas. No hay la menor razón para suponer que nos encontramos al final de la era de las invenciones. Más bien estamos precisamente comenzando a buscar a ciegas los usos de la electricidad; y la maquinaria tiene ante ella posibilidades casi no soñadas en la actualidad, ya que los hombres producidos por nuestro sistema son demasiado toscos para manejar aparatos delicados y complicados. Sugiero esto tan sólo como una simplificación probable para equilibrar la oferta y la demanda en las diversas formas de trabajo en el futuro; nuestro método inmediato de regulación debe ser el igualar las ventajas en ellos.

Se puede adivinar que en cada nación todas las juntas y autoridades comunales estarán representadas últimamente en alguna ejecutiva central o ministerio de industria; que el ministerio de agricultura, de minas, de industrias textiles, etc., tendrá relaciones con funcionarios semejantes en otros países; y que de este modo, a escala internacional lo mismo que a escala nacional, la cooperación sustituirá a la competencia. Pero ese final no existe todavía.

Nos acercamos ahora a un asunto más espinoso todavía que la organización de los trabajadores. ¿Cuál debería ser la remuneración por el trabajo? ¿Cuál tendría que ser la participación en el producto que recibieran respectivamente los individuos, la municipalidad y el Estado?

La respuesta depende de la respuesta a la cuestión previa. ¿Se va a emprender la organización de los parados de modo que se los transforme en ciudadanos que se sostengan por sí mismos y llenos de dignidad o se va a realizar como una forma de explotación, utilizando el trabajo del pobre para la producción de ganancias para los que no son pobres? Todo el asunto gira en torno a este punto; y a no ser que nos aclaremos y luchemos por el método correcto y contra el falso desde el comienzo, la organización de los parados será un apoyo del presente sistema, en lugar de ser un paso hacia uno mejor. Ya se habla de establecer colonias de trabajo en conexión con los asilos para los pobres; y no hay tiempo que perder, si queremos sacar ventaja de lo bueno en nuestra proposición y excluir lo malo. También los consejos del condado conducirán a un incremento del empleo municipal; y el método de ese empleo es vital.

El miembro ordinario de la junta parroquial, empujado por la fuerza de las circunstancias a organizar los parados, intentará sacar una ganancia para los que pagan impuestos a partir de las granjas para pobres mediante el procedimiento de pagar las tarifas más bajas de salarios. El en-

contrará este modo de proceder muy adecuado y, si se lo permitieran, municipalizaría simplemente el tráfico de esclavos. De este modo, la organización municipal y rural del trabajo, aun cuando se constata su necesidad y sus ventajas, no puede hacer nada por cambiar la forma de la explotación del trabajo, si se les tiene que pagar a los trabajadores en empleos públicos un salario determinado por la competencia en el mercado y se va a usar las ganancias de su trabajo sólo para alivio de los impuestos. En tales circunstancias tendríamos pagada la totalidad de los impuestos por los trabajadores comunales, mientras que los empresarios privados quedarían libres de todo impuesto. Esto no sería una transición hacia el socialismo, sino tan sólo un modo nuevo de crear una clase de siervos municipales, que convertirían a nuestras ciudades en parodias de las antiguas «democracias» griegas con su sistema de esclavitud. Encontraremos un sueldo más firme recordando y aplicando el principio del socialismo de que los trabajadores tendrán que disfrutar todo el producto de su trabajo. Me parece que esto se podría elaborar de alguna manera en el sistema siguiente:

Del valor del producto comunal debe proceder la renta de la tierra que se ha de pagar a la autoridad local, la renta de la planta que se necesita para hacer funcionar las industrias, los salarios que se adelantan y se fijan del modo usual, las tarifas, el fondo de reserva, el fondo de acumulación, y las otras cargas necesarias para llevar a cabo el trabajo comunal. Una vez deducidas todas estas cosas, el valor que queda debería dividirse entre los trabajadores recibiendo cada uno como un «bono». Sería obviamente inconveniente, si no imposible, que la autoridad del distrito subdividiese este valor y asignase una parte correspondiente a cada una de sus empresas separadas: tanto para los hombres empleados en los servicios de gas por lo que ha quedado en esa empresa, tanto a los hombres empleados en los tranvías por lo que ha quedado como excelente en esa empresa, etc. Sería mucho más sencillo y fácil que se considerase a los empleados municipales como un solo cuerpo al servicio de un mismo empresario, la autoridad local; y que el excelente de todo el trabajo dirigido por el consejo comunal se dividiera sin distinción entre la totalidad de los empleados comunales. Probablemente surgirán controversias en cuanto a la división: ¿deberá repartirse por igual?; ¿o recibirán los trabajadores en proporción a la supuesta dignidad o indignidad de su trabajo? Sin embargo, la desigualdad sería odiosa; y ya he sugerido un medio para ajustar las diferentes clases de trabajo a un sistema de división igual del producto neto. Esto afronta la dificultad de los diversos grados de molestia sin destacar envidiosamente cual-

quier especie de trabajo social útil como más honorable que otro, una distinción esencialmente no social y pernicioso. Pero puesto que en los asuntos públicos existe la propensión a que la ética quede arrinconada y con demasiada frecuencia las apelaciones a la justicia social caen en oídos sordos, es una suerte que en este caso coincidan la ética y la conveniencia. La imposibilidad de estimar el valor separado del trabajo de cada hombre con cualquier resultado realmente válido, la fricción que surgiría de ahí, los celos que provocarían, el descontento inevitable, el favoritismo y los chanchullos que prevalecerían; todas estas cosas llevarían al consejo comunal al sendero correcto: la remuneración igual de todos los trabajadores. Una vez que se ha entrado en ese sendero, se extenderá el principio de la simplificación; y luego es probable que se considere conveniente que todos los consejos comunales envíen una relación a la junta central, notificando el número de sus empleados, la suma de los valores producidos, las deducciones para la renta y otras cargas, y el excedente disponible. Todos estos excedentes, una vez sumados juntamente, se dividirán entre el número total de los empleados comunales, y la suma conseguida de este modo será la porción de cada trabajador. Los trusts nacionales al comienzo serían dirigidos de modo separado con esquemas análogos a los trazados para las comunas; pero más tarde se mezclarían con el resto y se igualaría todavía más la recompensa por el trabajo. A medida que mengüen las empresas privadas, pasarán más y más trabajadores a un empleo comunal, hasta que finalmente se habrá conseguido el ideal socialista de una nación en la que todos los adultos son trabajadores y todos participan en el producto nacional. Pero hay que notar que todo esto crece a partir de las primeras organizaciones del trabajo realizadas por las municipalidades y por los consejos del condado y que se desarrollarán tan rápida o tan lentamente como lo escoja la comunidad y sus secciones. Los valores con los que se trate al comienzo, lo mismo que los números empleados, no implicarán tanta complejidad de detalles como la que suponen muchas de los grandes negocios que actualmente llevan a cabo los individuos y las compañías. Estarán disponibles para el trabajo los mismos cerebros que ahora alquilan los particulares; y es más bien la novedad de la idea que la dificultad de su realización lo que tenemos que afrontar para su aceptación.

Sin embargo, es probable que por algún tiempo en el futuro, los capitanes de la industria serán mejor pagados que los soldados de fila del ejército industrial, no porque sea justo que ellos tengan que recibir una remuneración superior, sino porque, al tener todavía la alternativa de la empresa privada, estarán en condiciones de exigir sus

condiciones ordinarias; y a la comunidad le convendrá más contratarlos que prescindir de ellos, lo cual sería imposible. Pero su remuneración descenderá a medida que se extienda la educación; su valor presente es un valor de escasez, que depende considerablemente de su monopolio sobre la educación superior; y cuando todos tengan un acceso libre a una preparación más amplia, un número creciente se encontrará cualificado para actuar como organizadores y directores.

La forma en la que se pague la cuota del trabajador no es un asunto de primera importancia. Probablemente sería conveniente tener bancos comunales que emitieran cheques como los del banco de cheques; y estos bancos podrían abrir créditos a los trabajadores por la cantidad de sus remuneraciones. La manera como cada trabajador gaste su riqueza sería, por supuesto, su propio asunto.

El método arriba expuesto para tratar con el excedente que permanece del trabajo comunal, después que se han pagado la renta y otras cargas a la municipalidad, se mostrará como el factor más potente para la sustitución de las empresas privadas. Las cantidades producidas por las organizaciones comunales rebasarán las producidas bajo el control individualista; pero incluso si esto no fuera así, sin embargo, las cuotas de los trabajadores comunales, puesto que incluirían el producto consumido ahora por los holgazanes, sería superior a cualquier salario pagado por un empresario privado. De ahí surgiría una competencia por entrar en el servicio comunal y una presión constante sobre los consejos comunales para ampliar sus empresas.

Habría que añadir que los niños y los trabajadores incapacitados por la edad o la enfermedad deberían recibir una cuota igual que la de los empleados comunales. Puesto que todos han sido niños, todos están a veces enfermos y todos esperan vivir hasta una edad avanzada, todos participarían por turno en esas ventajas; y se trata tan sólo de que aquellos que han trabajado honestamente mientras estaban sanos y durante la madurez, disfrutarían la recompensa por el trabajo en los momentos de enfermedad y durante la vejez.

Determinada de este modo la participación de los individuos y de la municipalidades, nos queda todavía que decir una palabra sobre el Consejo nacional central, el «Estado» *par excellence*. Este sacará los ingresos necesarios para la realización de sus funciones de las contribuciones sacadas de los consejos comunales. Es evidente que en el ajuste de estas contribuciones surtiría efecto la «nacionalización» de los recursos naturales especiales, tales como las minas, los puertos, etc., de los que disfrutaban algunas comunas excepcionalmente bien situadas. El im-

puesto sería, de hecho, al modo de una tarifa por los ingresos.

Un plan así de distribución —especialmente la parte que iguala la participación en el producto— es probable que provoque la cuestión: «¿Cuál será el estímulo para el trabajo en el sistema propuesto? ¿No eludirá el perezoso su adecuada participación en el trabajo y vivirá holgadamente a costa de la laboriosidad de sus vecinos?»

El estímulo general para el trabajo será en primer lugar, entonces como ahora, la muerte por inanición que seguiría al abandono del trabajo. Hasta que descubramos el país en el que los arbustos produzcan panecillos con mermelada y los lechoncillos asados correteen gritando «venid a comerme», nos encontramos bajo la necesidad imperiosa de producir. Tenemos que trabajar porque, en conjunto, preferimos trabajar a morirnos de hambre. En el tránsito al socialismo, cuando comience la organización del trabajo por los consejos comunales, la realización del trabajo será la condición del empleo; y puesto que el paro supondría la muerte por inanición —pues cuando se ofrece trabajo, no se necesita dar ayuda de ninguna clase al adulto sano que rehúse realizar ese trabajo—, el estímulo más fuerte posible forzará a los hombres al trabajo. De hecho, «trabaja o muere de hambre» será la alternativa planteada a cualquier empleado comunal; y lo mismo que los hombres prefieren ahora un trabajo prolongado y mal pagado a la muerte por inanición, preferirán ciertamente, a no ser que cambie enteramente la naturaleza humana, un trabajo corto y bien pagado a morir de hambre. El individuo gándul será tratado como lo es actualmente; se le avisará y, si se muestra incorregiblemente vago, se le despedirá del empleo comunal. La gran mayoría de los hombres procuran retener su empleo mediante una realización razonable de su saber, ¿por qué no iban a hacer lo mismo cuando el empleo fuese en condiciones más fáciles? En primer lugar, el despido significaría ser arrojado de nuevo al torbellino de la competencia, un destino que no se afrontaría con ligereza. Además, a medida que sucumban las empresas privadas ante la competencia de la comuna, el despido significaría casi la carencia completa de esperanza para obtener el sustento. Cuando la reorganización social sea completa, supondría la absoluta inanición. Y puesto que se incurriría en esta inanición deliberadamente y se experimentaría voluntariamente, no encontraría en los demás simpatía alguna ni alivio de ninguna clase.

El siguiente estímulo sería la apetencia del trabajador por el resultado del esfuerzo comunal, y la determinación de sus compañeros de trabajo de que él asuma la porción de trabajo necesaria para poder producir ese resultado. Se ha descubierto actualmente que una muy pequeña par-

participación en las ganancias que surge de un trabajo asociado actúa como un estímulo tremendo en cada productor individual. Firmas que adjudican una parte de sus ganancias para que se divida entre sus empleados encuentran que este plan es ventajoso para ellas mismas. Los hombres trabajan con avidez para incrementar el producto común, sabiendo que cada uno tendrá una prima más grande según que el producto común sea también mayor; se hacen vigilantes con respecto al despilfarro en la producción, se preocupan de la maquinaria, ahorran gas, etc. En una palabra, rebajan los costes tanto como pueden, porque cada ahorro supone una ganancia para ellos. Por los experimentos de Leclair y de Godin vemos que también se estimula la inventiva por una participación en el producto común. Los trabajadores en esas empresas están incluso intentando descubrir mejores métodos, perfeccionar su maquinaria, en una palabra, están intentando progresar, puesto que cada paso adelante trae consigo una mejora de su suerte. Los inventos provienen de un deseo por ahorrar molestias, lo mismo que del impulso del genio inventivo, el goce por ejecutar un triunfo intelectual y el placer de servir a la especie humana. Los pequeños inventos se realizan continuamente por los trabajadores inteligentes para facilitar sus operaciones, incluso cuando no son ellos los que ganan personalmente con esos inventos; y no hay razón para temer que este ejercicio espontáneo de inventiva cesará cuando la productividad incrementada del trabajo suavice la tarea o aumente la cosecha del trabajador. ¿Acaso se podría arguir que los hombres serán trabajadores, cuidadosos e inventivos cuando obtienen sólo una fracción del resultado de su trabajo asociado, pero que se hundirán en la pereza, la imprudencia y el estancamiento cuando obtengan la totalidad? ¿Acaso se podría arguir que una pequeña ganancia estimula, pero que cualquier ganancia que se acerque a la completa satisfacción paralizaría? Si hay algún vicio que con toda certeza será más impopular que cualquier otro en una comunidad socialista será la pereza. El hombre que es un holgazán descubrirá que sus compañeros le harán intolerable esa postura, incluso antes de que sufra la condena de la expulsión.

Pero mientras que estos motivos estimulantes serán potentes en su acción con el hombre tal como es actualmente, existen otros, que ya actúan en algunos hombres y que actuarán algún día en todos los hombres. Los seres humanos no son el organismo simple y unilateral que aparece a la mirada superficial del individualista, movido tan sólo por un único motivo, el deseo de una ganancia pecuniaria, y con un solo anhelo, el anhelo de la riqueza. En nuestro sistema social actual, la lucha por la riqueza asume un desarrollo anormal y artificial; la riqueza significa

casi todo lo que convierte la vida en digna de ser vivida: la seguridad contra la inanición, la gratificación del gusto, el disfrute de una sociedad agradable y cultivada, la superioridad frente a muchas tentaciones, la propia dignidad, la consideración, el confort, el conocimiento, la libertad, tal como se pueden conseguir estas cosas en las actuales condiciones. En una sociedad en la que la pobreza significa descrédito social, donde el infortunio es tratado como un crimen, donde la prisión de los asilos para pobres es la recompensa por el fracaso, y donde el acoso amargo y agobiante de las necesidades diarias que no quedan satisfechas por el abastecimiento diario está colgado sobre la cabeza de cada trabajador, ¿cómo se puede uno extrañar de que el dinero parezca la única cosa necesaria, y que cualquier otro pensamiento se pierda en la acometida frenética por escapar de todo aquello que se resume en una sola palabra: pobreza?

Pero este desarrollo anormal del hambre de oro desaparecería con la certeza para cada uno de los medios de subsistencia. Haga que cada individuo se sienta absolutamente seguro de su subsistencia, suprima toda ansiedad en cuanto a las necesidades materiales de su futuro; y el ansia de riqueza perderá su punto de apoyo. Al estar asegurado el pan de cada día, se romperá la tiranía de la ganancia pecuniaria, y la vida comenzará a ser aprovechada para vivir y no para luchar por la posibilidad de la pervivencia. Entonces pasarán a primera línea todos aquellos multiformes motivos que actúan en el complejo organismo humano incluso ahora, y que asumirán su propia importancia, cuando quede asegurada la base de la vida física. El deseo de sobresalir, el goce en el trabajo creativo, el ansia de mejorar, la ansiedad por ganar la aprobación social, el instinto de benevolencia, todos estos comenzarán a vivir plenamente y servirán inmediatamente de estímulo para el trabajo y de recompensa al que destaca. Es instructivo notar que se pueden ver ya actuando estas mismas fuerzas en todos los casos en los que está asegurada la subsistencia, y que ellas solas proporcionan el estímulo para la acción. La subsistencia del soldado es cierta y no depende de sus afanes. Inmediatamente se hace susceptible de que se apele a su patriotismo, a su *esprit de corps*, al honor de su bandera; se atreverá a cualquier cosa por la gloria y por el valor de un trozo de bronce que es la «recompensa al valor», cien veces más que por su peso en oro. Sin embargo, muchos de los soldados rasos provienen de las partes peores de la población; y la gloria y el éxito militar son tan sólo pobres objetivos para aspirar a ellos. Si tanto se puede hacer en unas circunstancias tan poco prometedoras, ¿qué no se podría esperar de unas aspiraciones más nobles? O tomemos la ansiedad, la negación

de sí mismos y el esfuerzo arduo que ponen los jóvenes en sus meros juegos. El deseo de ser capitán de los once de Oxford, vencer a la embarcación de Cambridge, quedar vencedor en una carrera a pie o en los saltos, en una palabra, el deseo de sobresalir es lo suficientemente fuerte como para impulsar a ejercicios que frecuentemente arruinan la salud física. Por todas partes vemos cómo se afirman los multiformes deseos de la humanidad, una vez que está asegurado el sustento. En último término el socialismo debe confiar para su progreso en la entrega de esas personas al servicio de la sociedad, puesto que el desarrollo de los instintos sociales enseña al hombre a identificar sus intereses con los de la comunidad; pero al decir esto estamos diciendo tan sólo que el socialismo confía para su progreso en la naturaleza humana como en un todo, en lugar de hacerlo en ese mero fragmento de la naturaleza humana que se conoce como el deseo de ganancia. Si la naturaleza humana se destruyera, se destruiría entonces el socialismo; pero al menos tenemos cien cuerdas en nuestro arco socialista, mientras que el individualista sólo tiene una.

Pero la humanidad no se destruirá. La fe que se basa en ella es una fe basada sobre la roca. En unas condiciones más saludables y más felices, la humanidad se elevará a unas alturas no soñadas actualmente; y las utopías más exquisitas, tal como las cantaron los poetas y los idealistas, les parecerán a nuestros hijos tan sólo luces mortecinas y estropeadas en comparación con su día perfecto. Todo lo que necesitamos es coraje, prudencia y fe. Sobre todo fe, que se atreve a creer que no son imposibles la justicia y el amor, y que algún día los hombres realizarán más de lo que el hombre pueda soñar.